

La “encarnación”, clave de espiritualidad laical

Amo, Señor, tus sendas, y me es suave la carga
(la llevaron tus hombros) que en mis hombros pusiste;
pero a veces encuentro que la jornada es larga,
que el cielo ante mis ojos de tinieblas se viste,

que el agua del camino es amarga..., es amarga,
que se enfría este ardiente corazón que me diste;
y una sombría y honda desolación me embarga,
y siento el alma triste hasta la muerte triste...

El espíritu débil y la carne cobarde,
lo mismo que el cansado labriego, por la tarde,
de la dura fatiga quisiera reposar...

Mas entonces me miras..., y se llena de estrellas,
Señor, la oscura noche; y detrás de tus huellas,
con la cruz que llevaste, me es dulce caminar.

*Quédate con nosotros;
la tarde está cayendo, quédate.*

¿Cómo sabremos que eres
un hombre entre los hombres,
si no compartes nuestra mesa humilde?
Repártenos tu cuerpo,
y el gozo irá alejando
la oscuridad que pesa sobre el hombre.

Arroja en nuestras manos,
tendidas en tu busca,
las ascuas encendidas del Espíritu;
y limpia en lo más hondo
del corazón del hombre,
tu imagen empañada por la culpa.

*Quédate con nosotros;
la tarde está cayendo, quédate.*

Hemos recibido un Espíritu que nos transforma en hijos

**La “encarnación”,
clave de espiritualidad laical**

**“Compartió en toda nuestra condición humana
menos en el pecado” (Plegaria eucarística IV)**

Retiro espiritual para Laicos

Con vosotros está y no le conocéis,
con vosotros está, su nombre es el Señor (bis)

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Con vosotros está y no le conocéis...

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Con vosotros está y no le conocéis...

El misterio de la encarnación, clave de espiritualidad

Todos los días nos vemos obligados a digerir un manojito de contradicciones, de acciones violentas, de injusticias y, en definitiva, de maldades, que, además de doler, ponen en crisis el aprecio por la condición humana hasta el punto de hacer que nos preguntemos: ¿cómo pudo decir Dios al comienzo de la creación que lo que había hecho era bueno?

Sin embargo, lo que al comienzo de los tiempos Dios “vio que era bueno” (Gen 1, 4ss) terminará siendo perfecto en la consumación final, porque, a pesar del pecado, Dios salva *asumiendo* nuestra condición débil e imperfecta. Para eso entregó su Hijo al mundo, “para que el mundo se salve por él” y no para condenarlo (Jn 3, 17). Quiso que su Hijo se “encarnase” hasta ser “en todo semejante a nosotros menos en el pecado” (Plegaria eucarística IV). Jesucristo es la garantía de que la consumación final será tan fantástica como se describe en las últimas páginas del Apocalipsis: “Luego vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra desaparecieron, y el mar no existe ya” (Ap 21, 1ss). Jesucristo, el Cordero que vence al mal, es a la vez el camino de esa consumación.

La convicción de que Dios ha querido encarnarse “la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros” (Jn 1, 14) es básica para la espiritualidad cristiana y, particularmente, para la espiritualidad de los cristianos laicos, y reclama de todos nosotros no huir, sino estar *presentes* en la vida terrena y generar más actitudes de *esperanza* que de desconfianza y sospecha. Reclama hacer frente a la tentación del pesimismo.

Pero no hay más camino que el recorrido por el Cordero, el camino de la Pascua. El misterio pascual prolonga en los cris-

Paciente y larga es nuestra tarea
en la noche oscura del amor que espera;
dulce huésped del alma, al que flaquea
dale tu luz, tu fuerza que aligera.

En el alto gozoso del camino,
demostramos gracias a Dios que nos concede
la esperanza sin fin del don divino;
todo lo puede en él quien nada puede. Amén.



Para la reflexión y oración personal

- ☐ ¿Contemplo los misterios de la encarnación del Hijo de Dios y de su Pascua como referencia obligada para mi vida espiritual? ¿Qué me aportan cuando me pongo a rezar y a revisar mi vida de cada día?
- ☐ ¿Soy sensible a descubrir la llamada de Dios a través de la vida ordinaria, del trabajo que realizo y de los momentos de descanso? ¿Qué me dice esa llamada?

serio la parte de responsabilidad que le toque en ese pecado estructural que provoca el paro, la injusta distribución de la riqueza y la marginación de las grandes masas del tercer mundo?

Finalmente, el descanso y el tiempo de ocio forman parte también del hecho de vivir en el mundo y los necesitamos para un equilibrio físico y psicológico aceptables. Pero lo que vivimos fuera del trabajo no son sólo horas “libres” que podemos ocupar “matando el tiempo”, sino que el cristiano está llamado a convertirlas en momentos para Dios, para sí y para los demás.

Esto exige un proceso de discernimiento por parte de cada uno, ayudados, como en tantos otros aspectos de nuestra vida, por la familia y por el grupo de cristianos con quienes compartimos la vida y la fe, para ir interiorizando criterios evangélicos en estos ámbitos de la existencia que no son fáciles. Tengamos en cuenta que en estos ámbitos nos jugamos mucho como cristianos, a saber: buscar el Reino de Dios y su justicia mientras nos ganamos el pan de cada día; tratar de cambiar el mundo encarnando valores “que no se llevan”; realizarnos como personas dando testimonio de esa “otra vida” sin sudores ni fatigas, que ha prometido Aquél a quien seguimos, y que ya intentamos iniciar aquí, en esta vida.

Con la siguiente oración, tomada de la Liturgia de las Horas, pedimos el don de una espiritualidad sensible a descubrir la llamada de Dios en la vida ordinaria, en el trabajo y en el descanso:

6

El trabajo, Señor, de cada día
nos sea por tu amor santificado,
convierte su dolor en alegría
de amor, que para dar tú nos has dado.

tianos la muerte y resurrección del Señor Jesús y nos capacita para aceptar la muerte del grano de trigo en el surco de la vida diaria, con la confiada promesa de su fecundidad, creyendo que, “si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 24).

Este dinamismo de *encarnación* y *pascua* es sin duda alguna la principal clave de una verdadera espiritualidad cristiana y laical. Pidamos, con esta oración de la Liturgia de las Horas, la comprensión del misterio de su presencia en el corazón de la vida y del mundo:

Este mundo del hombre, en que él se afana
tras la felicidad que tanto ansía,
tú lo viste, Señor, de luz temprana
y de radiante sol al mediodía.

Así el poder de tu presencia encierra
el secreto más hondo de esta vida;
un nuevo cielo y una nueva tierra
colmarán nuestro anhelo sin medida.

Poderoso Señor de nuestra historia,
no tardes en venir gloriosamente;
tu luz resplandeciente y tu victoria
inunden nuestra vida eternamente. Amén.



3

Dos ámbitos para vivir el dinamismo encarnación-pascua

❏ **La vida ordinaria.**

Es fácil pensar que la militancia cristiana se manifiesta en los compromisos fuertes y, en cierto modo, extraordinarios que algunos cristianos adoptan cuando deciden, por ejemplo, partir solos o con su familia como misioneros, y son ciertamente admirables. Pero esos compromisos no deberían hacerlos olvidar otros menos llamativos, pero igualmente valiosos, que la mayor parte de los cristianos laicos están llamados a adoptar en la vida ordinaria. Una espiritualidad verdaderamente militante se prepara en la calidad de la vida de cada día, ya que la prioridad la tiene siempre lo cotidiano, lo “normal” que afecta a la mayoría de los humanos. Hemos de ser capaces de valorar *lo extraordinario en lo ordinario*, de valorar una vida sin “efectos especiales”, tal como pensaba Madeleine Delbrêl:

«No intentéis encontrarle con recetas originales, sino dejaos encontrar por Él en la pobreza de una vida banal. La monotonía es una pobreza: aceptadla. No busquéis los bellos viajes imaginarios. Que las variedades del Reino de Dios os basten y os regocijen».

Porque, como decía san Josemaría:

«Allí donde están vuestros hermanos los hombres, allí donde están vuestras aspiraciones, vuestro trabajo, vuestros amores, allí está el sitio de vuestro encuentro cotidiano con Cristo».

4

Esta prioridad de lo ordinario se apoya en el amor, que es el núcleo de la vida cristiana, un amor sin brillo y “en lo escondido”, que el Padre recompensa, como recordaba Jesús a sus discípulos (Mt 6). Un amor que es fruto de haber entrado en el

misterio del Reino de Dios “como levadura”, desde abajo, en el ocultamiento de las expectativas humanas.

Un aspecto particularmente sensible de este ámbito ordinario de la vida es comprometerse a alcanzar una vivencia verdaderamente cristiana de la pobreza, manifestada en los comportamientos que adoptamos ante el consumo, ante el apego al dinero y ante el compartir los bienes.

❏ **El trabajo profesional y el tiempo de ocio.**

El trabajo profesional es determinante en la vida de las personas, tanto cuando se tiene como cuando se está en paro o cuando se recibe la pensión después de haber trabajado durante años. El trabajo ocupa tantas horas de nuestras vidas y reclama tantas energías que no puede ser un *tiempo muerto* desde la perspectiva de la fe, sino que está llamado a ser vivido como una explícita “consagración” o santificación, al menos en tres dimensiones:

- En la *responsabilidad* personal ante el trabajo: lo que hacemos ha de estar bien hecho, ha de ser de calidad, pues un trabajo mal hecho no hace crecer al mundo ni lo desarrolla conforme al deseo del Creador.
- En la motivación *vocacional* del trabajo: no es cristiano trabajar sólo para ganar dinero o alcanzar un escalón más alto en la consideración social, sino también y principalmente para servir a otros a través de lo que hacemos, y para servirles bien.
- En la “hipoteca” *social* del trabajo: en la actual situación del mundo y de nuestra sociedad, quien goza de un trabajo profesional estable es un privilegiado, ¿podrá celebrar la Eucaristía con buena conciencia a menos que se tome en

5